

# NO ERES DUEÑO DE TU PLAZA...

Mal conocida como “plaza Sucre”, la mítica Plaza Guillermo Franke se ganó un lugar en nuestra iconografía televisiva a mediados de los 80, cuando fue usada como locación exterior de una de las mejores teleseries que se han hecho en Chile. Hoy es un apacible rincón ñuñoíno, favorito de niños, productores televisivos y vecinos amantes de la actividad física y los eventos culturales de verano.

Por Hernán Díaz • Fotos Viviana Pelaez



**A**rtemisa tenía 17 años cuando llegó a Chile en 1962 junto a su padre, un millonario inmigrante griego que venía con la noble intención de ayudar a un pariente chileno a recuperar su quebrada fábrica de textiles. Por su parte, las Tucas eran dos hermanas solteras dedicadas a hacer dulces chilenos, que vendían a los vecinos de un apacible barrio

en Ñuñoa. Entre los mejores clientes de las Tucas figuraba la familia Godán, alguna vez de gran fortuna, pero cuya fábrica de textiles había quebrado, sumiendo en la incertidumbre a Elías Godán y su única hija: la pérfida Adriana Godán.

Si la historia le empieza a sonar conocida, tal vez se recuerde también que Adriana era prima de Artemisa, que le hizo la vida imposible apenas ésta puso un pie en casa de los Godán y que su torcida inspiración detonaría el conflicto central de una de las mejores teleseries que se han hecho

en nuestro país: Los Títeres, escrita por el talentoso dramaturgo chileno Sergio Vodanovic (1926-2001).

Protagonizada por Claudia Di Girólamo (Artemisa), Cristián Campos (Hugo, el esforzado hijo de la empleada de la casa de los Godán) y Gloria Münchmeyer (Adriana), Los Títeres fue emitida por Canal 13 durante el primer semestre de 1984 y para muchos sigue siendo el mejor melodrama que se ha hecho en la historia de la televisión chilena.

No es difícil acordarse de algunos hitos culturales pop asociados a esta exitosa

producción: la letra de su tema incidental (“No eres dueña de tu vida, somos títeres nada más...”) y la clásica escena del capítulo final, cuando la maquiavélica Adriana termina con la mirada ida, metida en una piscina vestida y con el agua hasta la cintura, peinando – literalmente– una de sus muñecas de niña. Tan poderosa resultó esta imagen ideada por el escritor Sergio Vodanovic, que incluso daría origen a una expresión bastante popular en nuestros días.

Sin embargo, algunas imágenes asociadas a esta teleserie remiten a un punto específico de Ñuñoa que sólo los propios vecinos de entonces fueron capaces de identificar inmediatamente: la plaza Guillermo Franke, a veces también llamada plaza Sucre, situada en el cuadrante formado por las calles Sucre, Miguel Claro, Rengo y Román Díaz.

Bautizada así en memoria de un prominente ingeniero chileno que, además,



le da su nombre a una estrecha calle residencial del mismo sector, la plaza Guillermo Franke es uno de esos lugares que todavía le dan a Ñuñoa su fisonomía de comuna amigable con la interacción social de barrio. Está ubicada justo en el límite con la vecina Providencia y por su flanco oriente, sobre la calle Miguel Claro, se levanta un conjunto de tradicionales casas ñuñoínas construidas por el propio Franke en los años 30 y 40, tras adquirir del Ejército esos terrenos. “Que se lo había comprado a los militares, eso fue lo que nos contaron

cuando llegamos a vivir aquí, hace 40 años”, cuenta desde el interior de su casa una de las vecinas más antiguas de esa cuadra, mientras deshoja con toda tranquilidad un robusto limón plantado en su antejardín.

En los cabezales norte y sur de la plaza, en cambio, se reparte una reposada vida comercial que incluye un par de peluquerías (“Patricio” y “Maribel”), verdulería, la ya clásica botillería Punto Clave, una clínica veterinaria y la amasandería de rigor. De ambos conjuntos comerciales destacan además el restaurante brasileño Muqueca,

en la esquina de Rengo y Miguel Claro, y el Café del Mundo, en Sucre con Miguel Claro, favorito de universitarios y oficinistas del sector. Porque si algo ha cambiado desde que, a mediados de los 80, Los Títeres le trajera sus quince minutos de fama a la plaza Franke, es la geografía humana que circula por el sector en días de semana.

“Los vecinos de toda la vida han ido falleciendo, lógicamente”, indica a coro un trío de taxistas veteranos, de los que llevan 25 años estacionándose al borde de la plaza. “En algunos casos han llegado sus hijos a

vivir en las casa, pero desde hace algunos años son casi puras oficinas de gente joven las que se han instalado por acá”, comentan.

No siempre fue así. En los años 40, la plaza no era mucho más que un peladero frecuentado por los niños del sector, que en aquella época recién empezaba a edificarse. “Le decíamos ‘la plaza de los aburridos’ y a nadie le gustaba mucho ser visto ahí”, rememora una antigua vecina del barrio que todavía recuerda a algunos de los vecinos: “Me acuerdo de unos hermanos de apellido Rossel que vivían frente a la plaza. Uno se llamaba Neptuno y el otro Platón. Además de sus nombres, eran bien chistosos los dos y solíamos salir a andar en bicicleta con ellos”.

Poco a poco el barrio se iría consolidando y, con ello, la plaza adquirió su aspecto definitivo, que hoy incluye dos sectores de juegos infantiles y jardines a cargo de la municipalidad ñuñoína. Esto hace de la plaza un punto de atracción para residentes de amplio sector aledaño, quienes durante los meses de verano pueden disfrutar también de una nutrida agenda cultural y deportiva, que incluye presentaciones de grupos musicales, competencias y exhibiciones.

#### **PROHOMBRE DE FAMA INTERCOMUNAL**

A comienzos del siglo pasado, el ingeniero Guillermo Franke fundó una empresa constructora que llegaría a ser una de las más importantes de la plaza. Constructor del barrio cívico de Santiago y responsable del primer “rascacielos” de Santiago (en la calle Nueva York), es conocido por haber levantado el tradicional edificio del Club de la Unión en 1917. También orientó su empresa hacia el sector de ferrocarriles y a la construcción de residencias privadas. Aquí es donde su biografía se cruza con la comuna de Ñuñoa, donde contribuyó a su paulatina transformación desde la semirruralidad de principios del siglo XX a su actual conformación residencial.

La plaza Guillermo Francke, que recuerda estuvo cerca de quedar ubicada en Providencia, pero el arbitrio del planificador urbano quiso que el límite entre las comunas del Providencia y Ñuñoa pasara sobre la calle Rengo, justo en el cabezal norte de la plaza. La calle Guillermo Franke, en cambio, un estrecho pasadizo entre dos líneas de fachada continua que va de sur a norte desde Cirujano Videla hasta pasado Rengo, en paralelo a Miguel Claro, se cierra sobre sí misma media cuadra hacia el norte, justo después de cruzar el límite con Providencia. El suyo es entonces, técnicamente al menos, un homenaje de alcance intercomunal a uno de los promotores inmobiliarios que le dio su fisonomía actual a este plácido recodo urbano.

